

Vanguardia y Estado: la discusión entre Comunismo y Anarquismo a la luz de la Revolución rusa*

*Sebastián Flórez Valencia***

Resumen

La Revolución rusa es un hito histórico que oscila entre amores y odios en el seno de las corrientes teóricas y políticas anticapitalistas. Una pregunta central en las discusiones de la izquierda revolucionaria es: ¿el Estado es una herramienta que, de ser usada por el proletariado, contribuye a la revolución? O por el contrario, ¿el ejercicio del poder que implica dirigir el Estado solo gesta una élite contrarrevolucionaria? No obstante, esta no es una discusión que haya surgido tras la Revolución rusa, sino que ya desde el siglo XIX Karl Marx y Mijaíl Bakunin debatían al respecto, en especial Bakunin, cuyo argumento se resume en su célebre frase “el poder corrompe a los mejores”. La relación que mantenían estos autores, entre la colaboración y la rivalidad, se ha perpetuado entre comunistas y anarquistas, quienes guardan una misma visión sobre el capital, pero discrepan en su visión sobre el Estado y el poder.

Palabras clave: Estado, vanguardia, poder, materialismo, Clase Social, transición.

* Ensayo producto de discusiones en sesiones del semillero de investigación En Movimiento del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, y, sesiones del curso Marx, marxismo y el estudio de la política de la facultad de derecho y ciencias políticas de la Universidad de Antioquia.

** Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico de contacto: sebastian.florezv@udea.edu.co

Introducción

Desde el surgimiento y consolidación hegemónica del capitalismo, han emergido corrientes teórico-políticas anticapitalistas, las de mayor auge en el siglo XIX fueron el Comunismo y el Anarquismo. Ambas corrientes convergen en un objetivo: la revolución. ¿De qué revolución hablan? De aquella que logre acabar con la sociedad de clases. Para ello, hay dos elementos fundamentales a tener en cuenta: el capital y el Estado. El primero es más que evidente para comunistas y anarquistas; en el segundo se bifurcan los caminos. Desde ambas vertientes están de acuerdo en que, si se quiere dar fin a las clases sociales, se debe acabar con el Estado; su máxima diferencia es el cuándo y el cómo.

Esta discusión no solo abarca la pregunta por el Estado, ella esconde una incógnita mucho más grande: ¿qué es y cómo funciona el poder? Y en consecuencia, nos lleva a otra de las preguntas centrales para la izquierda revolucionaria: ¿cómo organizarse para la revolución?

Lo anterior es un dilema de siglos, por lo que el presente trabajo no pretende, ni le es posible, dar una respuesta lapidaria a dichas preguntas. Sin embargo, a continuación se presentan algunas claves teóricas para comprender esta discusión. Así pues, se intentará dar a conocer ambas posturas, los pros y contras de cada una de ellas y sus puntos de encuentro. Y finalmente, se presentarán algunas conclusiones en torno a los elementos sintéticos para este encuentro dialéctico.

Una introducción a la bifurcación teórica Comunismo-Anarquismo

Comencemos por tratar el elemento del que parte la discusión: el Estado. En La ideología alemana, este se define en términos generales como el mecanismo usado por una clase dominante para imponer sus intereses (Marx & Engels, 2018). Aun así, atendiendo a la postura epistemológica marxista, esta definición no nos puede llevar a observar el Estado como un ente monolítico, separándolo de otros determinantes históricos y coyunturales, como las clases dominadas, por ejemplo.

Esta forma de dominación de clase es dinámica, debido a que, es también, un campo de batalla social. Pues todas las luchas en el seno del Estado, son en realidad, formas ilusorias que esconden un conflicto entre clases; por esto,

cualquier clase que pretenda ser dominante, deberá partir de una conquista política al interior del Estado, y así, hacer pasar sus intereses como los intereses generales de la sociedad (Marx & Engels, 2018).

Presentar el interés de una clase como interés general, es un ejercicio que se desarrolla en diversos campos de batalla. Tomarse el Estado no significa imponerse como grupo hegemónico. El hecho de que las ideas dominantes de una formación social sean las ideas de la clase dominante (Marx & Engels, 2018), no solo atiende al control del aparato represivo del Estado –tal como lo expuso Gramsci (2016) al hablar del príncipe moderno: el dominio no solo es coerción física, este tiene dos caras–, también se debe tener control sobre los Aparatos Ideológicos de Estado. Toda clase que desee imponer sus intereses como hegemónicos, deberá hacer que al interior de las disciplinas, de la familia, en la iglesia, los medios de comunicación y sobre todo, de las escuelas, los intereses de su clase sean concebidos como los intereses generales de la sociedad.

Este dominio de los aparatos ideológicos no se da por la mera acción humana, la intención de un grupo de personas no basta para ello, pues este atiende a determinantes histórico-estructurales; es decir que, son las condiciones materiales las que determinan la conciencia, no al revés (Marx & Engels, 2018). Por lo tanto, el combate en cada uno de los campos de la sociedad civil y en el Estado debe partir de una base estructural, no se puede pretender modificar la conciencia de los sujetos sin el cambio del modo de producción, o por lo menos, sin modificar el mismo.

En este sentido, si tomarse el Estado es solo uno de los pasos para que una clase se haga hegemónica, y si este proceso de modificación de las conciencias al interior de una formación social depende de un proceso histórico, la revolución no llega con la sublevación de una clase, pues en este punto seguirían existiendo las clases y, por ende, no representa la revolución comunista y ni la anarquista en su totalidad. Ese estado de sublevación de una clase, cuando es el proletariado el que se impone, es denominado dictadura del proletario, y es considerado, por la vertiente comunista, solamente como una etapa de transición hacia la desaparición de la burguesía y el posterior desmantelamiento “orgánico” del Estado (sobre esto volveremos al hablar de la Revolución rusa). No obstante, las y los anarquistas, consideran esta etapa como un punto de estancamiento, una expresión autoritaria de la vanguardia revolucionaria que bajo el ejercicio de poder, perpetuará la existencia del Estado.

Esto nos lleva al dilema central: la concepción del poder. Pero antes de llegar ahí debemos dejar claro un asunto. Si sabemos que ambas corrientes buscan acabar con la sociedad de clases, debemos empezar por identificar qué es una clase social.

Para ello, partimos de una premisa metodológica, “la «historia de la humanidad» debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio” (Marx & Engels, 2018, p. 28); es decir, en relación con los modos de producción. Así, las clases sociales como elemento fundamental de la historia humana hasta ahora, pueden identificarse, a groso modo, como un grupo de la sociedad cuyos integrantes se encuentran bajo las mismas condiciones socioeconómicas, o, en otras palabras, que cumplen la misma función en los procesos de producción basados en una división social del trabajo; allí donde existe la propiedad privada de los medios de producción, o se es dueño de estos, o se cuenta únicamente con su fuerza de trabajo.

Esta contradicción entre una clase dominante –dueña de los medios de producción– que vive a costa del trabajo de una clase explotada que solo posee su fuerza de trabajo, no es propia de la época industrial. A lo largo de la historia humana, este fenómeno siempre ha estado presente: amos y esclavos, patricios y plebeyos, señores feudales y siervos, son contradicciones de clase que, por el conflicto de intereses, han resultado en un enfrentamiento dialéctico que ha fungido como el motor de la historia. Este conflicto (latente o material) entre dominadores y dominados, es llamado lucha de clases (Marx & Engels, 2000).

Esta presentación general de Marx y Engels es la base de teorización de las clases sociales que han usado las y los teóricos marxistas, de allí parten conceptualizaciones más complejas y, en algunos casos, más completas; aquí destacamos las de dos autores, Nicos Poulantzas y Edward Palmer Thompson.

Para Poulantzas, las clases sociales son el efecto de la estructura sobre las relaciones sociales, en otras palabras:

[nos referimos a] un concepto que indica los efectos del conjunto de las estructuras, de la matriz de un modo de producción o de una formación social sobre los agentes que constituyen sus apoyos: ese concepto indica, pues, los efectos de la estructura global en el dominio de las relaciones sociales [...] designa el efecto de un conjunto de estructuras dadas, conjunto que determina las relaciones sociales como relaciones de clase. (2007, p.75)

Teniendo en cuenta lo anterior, también comprendemos la clase social como una configuración que se encuentra determinada no solo por componentes estructurales, sino también históricos. La clase social se refiere a una construcción formada alrededor de la lucha de clases; es la acción de la clase la que le da vida a la clase misma. Es decir, la clase no existe, sino que se configura mediante un proceso histórico de acción colectiva, y esta formación es un fenómeno histórico que solo puede ser entendido a partir de la lucha de clases. En palabras de Edward Palmer Thompson:

Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico. (1984, p. 37)

Este último concepto –conciencia de clase– ha sido una cuestión central en la teoría de la lucha de clase. El proletariado solo se organizará en busca de una revolución si toma conciencia de las condiciones de explotación a las que está sometido y comprende las causas estructurales de la explotación y el funcionamiento social de la misma. Esas cuestiones son centrales en la teoría marxista, es decir, el proletariado necesita de la teoría marxista para organizarse como clase revolucionaria (Harnecker & Uribe, 1972).

No obstante, ni la construcción de la teoría, ni su difusión y ulterior hegemonía son tareas fáciles de llevar a cabo. En primer lugar, porque la burguesía, como clase dominante, se hace de los aparatos estatales para hacer pasar sus intereses como los intereses generales de la sociedad (Marx & Engels, 2018); y en segundo, porque la creación de la teoría marxista, como toda teoría científica, requiere dedicación y tiempo para estudiar, cosa de la cual carecen las y los obreros debido a las extenuantes y largas jornadas de trabajo (Harnecker & Uribe, 1972).

Por lo tanto, debido a las condiciones que deben rodear la creación científica, la construcción y difusión de la teoría marxista está ligada a los y las intelectuales (Harnecker & Uribe, 1972). Así, el intelectual revolucionario se

convierte en un elemento básico de la lucha de clases, donde su papel no se limita a lo meramente teórico, pues este aspecto teórico se ve atravesado por lo político. Por tal motivo, la labor que cumple en última instancia, no es en la creación de teoría, sino que –basado en la teoría– se ocupa de politizar a las masas. En otras palabras, construyen las bases para la configuración de la clase.

Con todo lo anterior claro, podemos adentrarnos al concepto fundamental de la discusión: El poder.

Así como el concepto de clase indica los efectos del conjunto de los niveles de la estructura sobre los soportes, el concepto de poder especifica los efectos del conjunto de esos niveles sobre las relaciones entre clases sociales en lucha: indica los efectos de la estructura sobre las relaciones conflictivas de las prácticas de las diversas clases en “lucha”. Dicho de otra manera, el poder no está situado en los niveles de las estructuras, es un efecto del conjunto de esos niveles, y, sin embargo, caracteriza a cada uno de los niveles de la lucha de clases. (Poulantzas, 2007, p.118)

En resumidas cuentas, Poulantzas (2007), a partir del trabajo de Marx, ve el poder como la capacidad de una clase social para llevar a cabo sus intereses. Esto es fundamental para la teoría revolucionaria, ya que comprende el poder en clave macropolítica. No obstante, a pesar de compartir el materialismo como punto de partida, el anarquismo comprende el poder de manera distinta al centrarse en aspectos micropolíticos.

Si bien Mijaíl Bakunin –anarquista ruso del siglo XIX– muere mucho antes de que Poulantzas nazca, podemos encontrar un punto de partida en este último para explicar la postura de Bakunin, pues como se ha mencionado ya, uno de los objetivos de este ensayo es exponer esos puntos de encuentro entre la teoría marxista y el anarquismo.

Entonces, si como señala el marxista griego, el poder es un efecto del conjunto de los niveles de la estructura sobre las relaciones entre clases sociales en lucha, que a su vez caracteriza cada uno de esos niveles; el poder es un determinante de las relaciones sociales y por lo tanto, de las acciones del sujeto. Sobre esta última idea, Bakunin (2015) se apoya para mencionar que “el poder corrompe a los mejores” (p. 1).

Esta famosa frase de uno de los padres del anarquismo, representa un enorme dilema para la concepción de la organización revolucionaria. Pues, desde la perspectiva anarquista, si partimos de una aproximación materialista,

basada en el postulado marxista de que la realidad no es determinada por la conciencia de los individuos, sino que, por el contrario, la conciencia está determinada por las condiciones materiales de vida (Marx & Engels, 2018), llegaremos a la conclusión de que si El Partido¹, como vanguardia de la clase obrera en busca de una revolución, llega a tomarse el Estado, podría traicionar la revolución y reproducir la sociedad de clases. En tanto que, tras cambiar las condiciones materiales del cuadro revolucionario, cambiará su subjetividad y objetivos, haciendo del Estado un arma para garantizar su posición privilegiada. El cambio en la subjetividad del cuadro revolucionario se daría como consecuencia de que:

Nada es más peligroso para la moral privada de una persona que el hábito de mandar. La mejor persona, la más inteligente, desinteresada, generosa, pura, infaliblemente siempre se malogrará en este oficio. Dos sentimientos inherentes al poder nunca fallan en producir esta desmoralización; estos son: el desprecio por las masas y la sobreestimación de los méritos propios. (Bakunin, 2015, p.3)

Por lo tanto, Bakunin (2015) sostiene que las personas que hayan sido designadas para mandar, empezarán a desarrollar un sentimiento de superioridad ante aquellos que lo eligieron para tal oficio de dirigencia; empezado a configurar relaciones paternalistas y a erigir una retórica cuya finalidad sea justificar su posición poder. Y, adicionalmente, ello deriva en un cambio en los objetivos del cuadro, ya que, según argumenta Bakunin (2013):

Un cuerpo científico al cual se [le] haya confiado el gobierno de la sociedad, acabará pronto por no ocuparse absolutamente [en] nada [respecto a] la ciencia, sino de un asunto distinto; y ese asunto, el de todos los poderes establecidos, será el de eternizarse haciendo que la sociedad confiada a sus cuidados se vuelva cada vez más estúpida, y por consecuencia más necesitada de su gobierno y de su dirección. (p.37)

Esto haría de la combinación Partido-Estado, un elemento sumamente impredecible, dado que, como menciona Max Horkheimer (2006) casi cien años después que Bakunin (2013; 2015), “todo aquello que crece a la sombra del

1 Por El Partido, nos referimos a la organización de cuadros revolucionarios, quienes a partir de la teoría marxista, tienen la obligación de movilizar y dirigir -en términos táctico-estratégicos- a las masas hacia la defensa de sus intereses de clase.

poder se encuentra en peligro de reproducir el poder” (Horkheimer, 2006, p. 36), dejando en vilo la certeza sobre si los revolucionarios tomarán el poder en pro de la revolución o, por el contrario, serán tomados por el poder (Horkheimer, 2006).

Además, es importante hacer hincapié, en que si bien a nivel micropolítico las posturas de Bakunin resultan correctas, el anarquista, primero, realiza un análisis de la vanguardia como si esta fuera una fuerza homogénea, olvidando que al interior de la misma existen contradicciones que la mueven según el sector que logre hacerse con la hegemonía necesaria para trazar el camino de la misma; y segundo, pasa por alto el papel de la organización permanente ante fuerzas contrarrevolucionarias, ya que una revolución no es un evento coyuntural, sino un proceso histórico con flujos y reflujos; tal como lo demostraron las revoluciones burguesas en Europa y el fracaso en la Comuna de París.

Lo expuesto hasta ahora permite una aproximación a comprender qué es el Estado, qué es una clase social y la importancia de un cuadro de intelectuales o partido en nuestra fase histórica –capitalismo– para configurar la clase y sus pretensiones revolucionarias. Así mismo, permite observar el peligro que representa tal vanguardia si hace del Estado la herramienta primordial de la revolución. A continuación, con el fin de asir las ideas de mejor manera, se expone la Revolución rusa como fenómeno histórico que aterriza al campo empírico toda la discusión teórica que hemos desarrollado.

La organización revolucionaria en Rusia

En 1917 se dio la Revolución rusa, el proceso derrumbó el régimen zarista en la Revolución de Febrero –etapa inicial de la revolución–, basada en la organización popular; ya sin régimen, los días posteriores a la Revolución de Febrero se vieron marcados por el debate político en torno la instauración de un nuevo sistema político y económico en busca de una nueva organización social. En medio de los debates, se empezaba a generar una hegemonía de las ideas comunistas en cabeza de Vladimir Lenin. Además, se propagaba el descontento con el gobierno provisional en cabeza de Aleksánder Kérenski, dando pie a la Revolución de Octubre, una revolución más centralizada donde se apreciaba un líder claro: Lenin –aunque la iniciativa popular seguía siendo el motor de la revolución–. Tras la Revolución de Octubre, se citan votaciones parlamentarias; pero con la disolución del parlamento por parte de Lenin, se da inicio a una guerra civil y la posterior victoria militar y política del bloque Bolchevique como nueva fuerza hegemónica.

Los años de la guerra civil significaron el comienzo de la puesta en marcha de la dictadura del proletariado² en Rusia y sus alrededores. Sin embargo, algunos sectores revolucionarios, especialmente los anarquistas, no estaban totalmente convencidos del proyecto bolchevique que daba una importancia central al Estado.

Los y las anarquistas acusaban de centralistas y autoritarias las posturas bolcheviques. Se empezaron a distanciar de los soviets³ a la par que al interior de estas organizaciones aumentaba la influencia bolchevique. En particular, desde la corriente anarquista rechazaron la burocratización de los sindicatos, que les convertía en “comparsas del poder central del partido” (Marcellán, 2017, p. 15) tras la estatalización de la propiedad en 1918 y la configuración de un órgano, dirigido por funcionarios sindicales nombrados por el Estado, que subordinó los comités de fábrica a un consejo controlado por sindicatos supeditados a una estructura jerárquica, y además rechazaban la idea de organizarse autónomamente (Marcellán, 2017). Esto generó numerosas críticas por parte de los anarquistas, quienes señalaban una ambigüedad del concepto del control obrero (Marcellán, 2017).

Pese a ello, las y los anarquistas nunca se opusieron al desarrollo que iba tomando la revolución; por el contrario, se sumaron a la avanzada bolchevique en contra de las fuerzas mencheviques. Allí destaca la participación del ejército liderado por Néstor Majnó, cuya participación en la guerra civil, además del ataque a las fuerzas contrarrevolucionarias, representó la defensa de la Zona libre de Ucrania, una comuna ubicada al este del mencionado país, cuya organización económica, política y social, se encontraba vinculada a ideas ácratas, caracterizándose por un modelo basado en la autogestión y la ausencia de jerarquías (Vadillo, 2017).

En múltiples ocasiones, las fuerzas majnovistas acordaron con los bolcheviques para derrotar al ejército blanco, pero una vez conseguidos los objetivos, se continuaba con el conflicto entre ambas fuerzas alrededor de dos modelos distintos de revolución: comunismo y anarquismo (Vadillo, 2017). Esta relación entre el acuerdo y la rivalidad era propia de la tensión entre comunismo y anarquismo, pues ambos buscan el mismo objetivo, pero a través de vías distintas.

2 Se entiende por dictadura del proletariado, la etapa de la revolución en la que la clase obrera hace del Estado un arma para reprimir cualquier iniciativa contrarrevolucionaria.

3 Formas de organización de carácter sindical desarrollada por obreros y soldados rusos desde 1905.

Lenin, en *El Estado y la Revolución* –libro que escribe en medio de la revolución, justo entre los acontecimientos de febrero y octubre–, menciona varios puntos clave para entender las diferencias. Habla del rechazo del anarquismo hacia las formas de autoridad, elemento que es fundamental para la teoría de la organización leninista; sin embargo, este supuesto debe estudiarse según los matices respecto al término autoridad.

Dice Bakunin (2013), el anarquismo no está en contra de toda autoridad, se precisa de consultar especialistas y escuchar la palabra del científico –cosa que va acorde al precepto leninista de revolucionario profesional como vanguardia–, pero bajo ninguna circunstancia es viable que se imponga un concepto; en todo momento debe permanecer la crítica y el discernimiento propio como criterio para la toma de decisiones, tanto sociales como individuales. Es en este último aspecto -la decisión individual- dónde recae la crítica leninista, ya que la postura anarquista puede inclinarse al individualismo, lo cual es contradictorio con la noción de revolución social.

Continuando con la explicación de Lenin (2009), este pone el énfasis en el lugar que divide las corrientes, argumentando que:

No discrepamos [los comunistas] en modo alguno de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado, como meta. Lo que afirmamos es que, para alcanzar esta meta, es necesario el empleo temporal de los instrumentos, de los medios, de los métodos del poder estatal contra los explotadores, igual que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. (p. 82-83)

Según la postura comunista, el Estado no se destruye, se extingue. Mientras que para las y los anarquistas, el proceso histórico de la desaparición de las clases sociales culmina, precisamente, con la extinción de las mismas, fruto de la destrucción del capital y el Estado. Para las y los comunistas, la desaparición de las clases precede a la extinción del Estado, pues tras vencer cualquier resistencia de la burguesía, cualquier resquicio de la sociedad capitalista en la conciencia del proletariado, desaparecerán las clases sociales y, en consecuencia, ya no será necesario el Estado, haciendo que este se extinga fruto del proceso histórico de la revolución (Lenin, 2009).

Esta forma orgánica que desarrolla Lenin, es el punto de discordia entre comunismo y anarquismo. Para los últimos, no existe tal devenir orgánico del

proceso histórico, alegan que el Estado no se extingue, hay que destruirlo, es necesaria la acción humana para acabar con él y a partir de allí, edificar una sociedad sin clases.

Si bien es acertada la crítica de Marx, Engels y Lenin al tildar de inmedia-tistas a las y los anarquistas, reconociendo la revolución no como un evento coyuntural, sino como proceso histórico, también es cierto que la burocracia contó con un papel central en la revolución. A continuación, se ofrece un esbozo de la organización estatal soviética posterior a la muerte de Lenin en 1924.

La constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URRS) de 1924 y su posterior modificación en 1936⁴, dejan las bases para una formación social centralizada en la figura del Estado.

La URSS contaba con un único partido político: el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en él se concentraban las discusiones políticas, económicas y sociales; y de allí provenían, en su mayoría, los miembros del Estado. El Estado que se componía de: un Soviet Supremo por cada República federada, los cuales se encargan de elegir los miembros del Soviet Supremo de la URSS (órgano central con sede en Moscú), a su vez, este se compone de dos cámaras: “el Soviet de la Unión, que es antepuesto para la vida unitaria de la URSS, y el Soviet de las Nacionalidades, que se preocupa de los problemas referentes a las varias Repúblicas federadas en el interior del sistema soviético” (Gelibter & Melé, 1973, p. 102). El Soviet supremo de la URSS elige su propio Presídium, y el Presídium, elige el Consejo de Ministros, el cual en la práctica no cuenta con autonomía, pues es un órgano netamente técnico al servicio del Presídium.

Además, es importante resaltar que, según el artículo 30 la Constitución Política de la URSS (1936), el órgano superior de poder en la Unión Soviética es el Soviet Supremo de la URSS. No obstante, debemos tener en cuenta que, en la práctica, es el Presídium (compuesto por 36 miembros⁵) donde se concentra mayoritariamente la capacidad de toma de decisiones, ya que este mantiene sesiones permanentes y se encarga de citar al Soviet Supremo de la URSS que se reúne solo dos veces al año (en sesión ordinaria).

4 No entraré en detalle sobre la diferenciación entre la constitución de 1924 y 1936, pues los cambios no son tan radicales como para desviarnos del tema central que nos atañe.

5 Los 36 miembros se dividen en: el presidente, 15 vicepresidentes (uno por cada República federada), y otros 20 miembros.

Todo este aparato burocrático –someramente expuesto– es el foco de la crítica anarquista. Ahora bien, frente a este debate cabe preguntarse, ante movimientos contrarrevolucionarios, los resquicios de la ideología burguesa y las contradicciones a nivel internacional ¿sería posible sostener la revolución sin dicha organización estatal? La respuesta a esta compleja pregunta marcará las bases del método que cada fuerza revolucionaria lleve a la práctica.

Conclusiones

La distancia entre el comunismo y el anarquismo como corrientes políticas no es tan grande como se suele presentar, incluso, el anarquista Piort Kropotkin habla de comunismo anarquista. En este sentido, marxismo y anarquismo como tradiciones científicas y filosóficas, convergen en múltiples puntos teóricos. No obstante, hay un punto en el que se bifurcan sus ideas: el concepto de poder. Pese a que en lo abstracto ambos tienen una noción de poder similar, es cuando se aterriza al funcionamiento concreto del poder que se presenta la dicotomía.

Por un lado, la corriente marxista, una vez el proletariado se impone sobre la burguesía, le da una predominancia al sujeto sobre la estructura. En consecuencia, admite la necesidad del Estado como elemento revolucionario que posteriormente puede ser disuelto orgánicamente, al margen del sujeto, para dar por finalizada la sociedad de clases.

El anarquismo, por su parte, asume una visión más estructuralista del concepto. En efecto, comprenden el Estado como un elemento contrarrevolucionario, en tanto el ejercicio del poder estatal corrompe las intenciones iniciales del cuadro revolucionario. De allí surge la famosa frase de “El poder corrompe a los mejores”, tesis edificada por Mijail Bakunin (2015) a partir de una defensa a ultranza del método materialista, que también había expuesto Marx en *La ideología alemana* (2018).

Además, he de destacar que, la prolongación de la vanguardia tras la toma del Estado y consolidación hegemónica, puede representar un riesgo muy alto para la revolución, pues entre más tiempo permanezcan estos elementos, más difícil será deshacerse del Estado, y con la presencia del Estado será imposible acabar con la sociedad de clases. Sin embargo, la forma organizativa propuesta por Lenin, que consiste en construir a partir de la vanguardia, resulta sumamente eficiente para cualquier proyecto revolucionario, sobre todo ante elementos contrarrevolucionarios a nivel internacional.

En ese sentido, y para finalizar dejando de lado la “objetividad” académica y asumiendo mi subjetividad atravesada por posiciones políticas, he de mencionar que, partiendo del análisis desplegado en este texto, considero que lo más adecuado para lograr una alianza efectiva entre ambas corrientes, capaz de reconocer sus diferencias, pero también sus puntos en común respecto a sus modelos revolucionarios, sería comprender la construcción de la hegemonía proletaria a partir del análisis del momento histórico.

La disputa entre anarquistas y comunistas en la Revolución rusa comprendió una etapa necesaria para continuar con un proyecto unificado de revolución, eso debido al avance en la construcción de poder proletario y la derrota del Ejército Blanco. En el actual momento histórico, las disputas políticas entre anarquistas y comunistas resultan en mera dislocación de fuerzas proletarias, y en consecuencia, contribuyen a la reproducción del modo de producción capitalista. Es necesario resolver las contradicciones metodológicas entre ambas corrientes, pero ello no será contraproducente siempre y cuando se haga tras un avance significativo en la construcción de la dictadura del proletariado a nivel internacional.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (2018). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Ciudad de México: Titivillus.
- Bakunin, M. (2013). *Dios y el estado*. Moro.
- Bakunin, M. (2015). *El poder corrompe a los mejores*. The Anarchist Library.
- Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [Const]. (1924). Recuperado de: <https://octubre1917.net/2017/03/31/constitucion-1924/>
- Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [Const]. (1936). Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/tematica/histsov/constitucion1936.htm>
- Gelibter, G., & Melé, C. (1973). El poder en la URSS. *Revista de Política Internacional*, (126), 99-118.
- Gramsci, A. (2016). Notas sobre Maquiavelo, sobre política y el Estado moderno. En Varesi, G. (Comp). *Hegemonía y lucha política en Gramsci. Selección de textos*. (págs. 105-113). Buenos Aires : Ediciones Luxemburgo.

- Harnecker, M., & Uribe, G. (1972). *El Partido: Vanguardia del Proletariado*.
- Horkheimer, M. (1980). *El Estado autoritario*. Trad. de Bolívar Echeverría. En: Palos de la Crítica, núm. 1. México, jul.sep. (pp. 113-135).
- Kropotkin, P. A. (2019). *La conquista del pan*. Titivillus.
- Lenin, V. I. (2009). *El Estado y la Revolución*. Fundación Federico Engels.
- Marcellan, P. (2017). Nuevas formas organizativas en la revolución rusa Revisando los mitos y realidades. *Libre pensamiento*, (92), 9-17.
- Marx, C., & Engels, F. (2000). *Manifiesto Comunista*. Londres: Elaleph.
- Marx, C., & Engels, F. (2018). *La ideología alemana*. Ciudad de México: Titivillus.
- Poulantzas, N. (2007). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo veintiuno editores.
- Thompson, E. P. (1984). La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases? En E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (págs. 13-61). Barcelona: Editorial Crítica.
- Vadillo, J. (2017). La autogestión y el socialismo El majnovismo en la Revolución rusa. *Libre pensamiento*, (92), 29-34.